

PEDRO JORGE VERA

EL DIOS DE LA SELVA



**Pieza dramática, en 4 actos. Estrenada
en Santiago, 1941.**

QUITO—ECUADOR

PERSONAJES:

AVILES, 37 años

DALIA, 22

EL DOCTOR, 32

PAREDES, 40

JORGE, 25

PALACIOS, 33

RIVAS, 33

ALVARADO, 45

CLARA, 32

DOROTEA, 30

COLONO

PORTERO

CAPATAZ

OBREROS

PRIMER ACTO

Campamento en la selva amazónica. Al fondo corre un gran río bordeado por un bosque enmarañado. A izquierda y derecha, árboles. Todo el escenario es un reflejo de la lujuriosa vegetación tropical. A la derecha, una tienda de campaña, y cercano a ella, un banco rústico.

Al levantarse el telón, la escena aparece desierta. Inmediatamente entra por la derecha Avilés, un gigantón ancho y alto, a tono con el escenario, diríase desprendido de él; sus movimientos son rápidos y enérgicos; hay en él algo majestuoso que no intimida, pero que sugiere: uno de esos hombres a los que se ama sin poder ser su amigo; tiene tatuajes en los antebrazos y una cicatriz en la frente embe-

llege su rostro dominador. Recorre silencioso la escena. Luego entra Paredes; delgado y seco, éste revela al viejo burócrata; usa lentes; su figura es rígida; sus modales, parsimoniosos, llenos de la etiqueta oficinesca. Los dos andan en camisa y llevan botas. (Vestuario semejante lucirán en este acto los demás personajes masculinos).

Avilés.—(Tan pronto aparece Paredes) ¿Qué te parece? Es verdaderamente inexplicable. (Con impaciencia) Un mes de trabajo! y nada!

Paredes.—(Mirando receloso a su interlocutor y tras de toser varias veces).—Avilés, tengo que decirte algo, pero... no vayas a reírte.

Avilés.—(Enfrentándosele).—¿Ya vas a comenzar con tus lloriqueos? Claro que me retiré. Si ya me tienes harto con tu cantaleta. (Imitando la expresión y la voz de Paredes) "¡Pobrecita mi mujer!" ¿Es que eres cornudo de nacimiento? Entiéndelo: un hombre no lleva los cuernos cuando quiere la mujer, sino cuando él quiere. Los cuernos te salen en el momento en que perdonas. Si te engañan y tú no lo sabes, serás un tonto; si te vengas, te habrás portado como un hombre! Pero perdonar! ¡Qué asco!

Paredes.—(Que ha hecho ademán de interrumpir, sin atreverse).—Oyeme, Avilés. Es otra cosa.

Avilés.—¿Otra cosa, ah? Ahora has de querer matarte. Pero, criatura, eso ya es el colmo. ¡Matarse por una mala bestia! Ja ja ja ja ja Déjame que me ría. Ja ja ja ja ja (Ríe largamente y de súbito recobra la seriedad) Mira, Paredes. Yo te estimo porque...! qué sé yo por qué! Me parece que eres el mejor de esta caterva. Pero tienes que hacerte hombre ¡demonios! y un cornudo es menos que una mujer.

Paredes (En un tono más resuelto).—No es eso....

Avilés (Dando a entender que no cabe discusión).—Es eso, te digo. (Hace una pausa, dentro de la cual Paredes gesticula torpemente. Avilés cree haber ido demasiado lejos y dulcifica la voz). No vale la pena de que te amargues así la vida. Si estuvieras en el caso.... Mira, te lo voy a contar para que veas que lo tuyo no tiene importancia. El Doctor ¿sabes por qué está aquí? Un lío turbio con una muchacha de la **high life**: abortó y todas esas vainas, y en resumen, muere la chica y el Doctor va a parar a la cárcel. Cuando sale libre, se le cierran todas las puer-

tas y al pobre hombre no le queda más que entregarse con furia a la bebida. Se vino huyendo de esa gente que no lo dejaba en paz y con el propósito de regenerarse aquí. . . . (Encogiéndose de hombros). Sólo que ahora bebe más que antes. . . Pero su problema es cosa seria, mientras que lo tuyo es sólo cuestión de olvidar.

Paredes (Que al fin sigue el hilo de la conversación de Avilés).—¡Olvidar! No creas que es tan fácil vivir sólo para el mañana. . . .

Avilés.—Para el mañana, no: para hoy.

Paredes (Sin hacer caso de la interrogación).—Más sencillo es pensar en la muerte, no en honor de mi mujer, sino en el mío. Los hombres como yo hemos nacido para la grandeza de lo pequeño. Para un gran hombre ¿qué es el amor? Una hora de su vida, una piedra del camino. Son hombres que aman, luchan, sufren, piensan. . . . Los otros, o amamos, o luchamos, o sufrimos. Una sola cosa, pero con todo nuestro ser, con todo el universo metido dentro. ¿Por qué entonces, abandonarla cuando me traicionó? Porque fui un cobarde, Avilés, un cobarde y un hipócrita. Porque tuve miedo del ridículo, porque quise ser como todo el mundo. ¿Qué me importaba que ella me traicionara, si yo la amaba? (Con exaltación, pero con movimientos mecánicos, diríase de guignol) Yo soy el canalla, Avilés. Ella estaba hecha para amar, para gozar, para reír. Yo, sólo para amar: era mi destino. Por eso debo matarme: porque soy un fracasado, porque no he cumplido mi destino. (Cae anonadado en el banco: sus palabras han sido más grandes que él).

Avilés (Con emoción mal disimulada).—La muerte. . . La muerte llega, hombre. Hay que dejarla llegar. . . Si la buscas, te acabas, pero no la conoces y. . . ¡hay que ver lo bella que es!

. . . . (Entran por la izquierda Palacios y Rivas; inmediatamente, Jorge y Alvarado. Los dos primeros son hombres fuertes y vulgares. Alvarado es un hombre envejecido, de expresión bondadosa. Jorge, un mozo de rostro delicado, sacudido por un júbilo dionisiaco; va vestido como los colonos, pero una distinción especial lo destaca. Después de saludar con ademanes y palabras convencionales, los nuevos personajes se distribuyen convenientemente en la escena. Mientras permanecen en ella, Avilés estará ceñudo;

Paredes, ausente de la conversación. Después de los saludos, hay un silencio embarazoso, que Jorge rompe poniéndose a silbar, lo que aumenta la tensión. Al fin, Palacios se adelanta hacia Avilés y Paredes y reinicia el diálogo).

Palacios.—Hemos estado estudiando la situación y...

Jorge (irónico).—Como secretario de la sesión, creo que debo llevar la voz informativa.

Rivas.—¡Cállate, payaso! Continúa, Palacios.

Palacios.—Bueno. Nos parece que llevamos mucho tiempo perdido. No podemos pasarnos la vida buscando oro, con la esperanza de llegar a tenerlo cuando ya no tengamos fuerzas para aprovecharlo.

Rivas.—No es precisamente que renunciemos al oro, pero... hasta que lo encontremos, podríamos dedicarnos a la agricultura.

Palacios.—Claro. Esta tierra es magnífica y cada uno puede tener su pedazo. Después de todo, no es oro lo que vamos a comer. (Se interrumpe vacilante al observar el rostro de Avilés, que se ensombrece cada vez más). Quiéramos comenzar mañana mismo, y... ¿Cuál es la opinión de Uds?

Avilés (huraño).—Cada cual es libre de hacer lo que quiera. Yo no soy el dueño de las tierras.

Alvarado (tímidamente).—¿Y tú? ¿sembrarás también?

(Una sombra cruza por el rostro de Avilés, como si lo hubieran ofendido. Parece que va a estallar, pero luego se serena).

Avilés.—Lo pensaré. Pero eso no tiene importancia. Ustedes pueden tomar las tierras y cultivarlas. (Nervioso) Todos tenemos el mismo derecho... el mismo derecho.

Palacios.—Hay que convencerse de que la agricultura es el porvenir del Ecuador.

Rivas.—Y, además, uno puede esperar, pero las mujeres...

Alvarado (declamatorio).—¡Es tan bella la emoción de la madre tierra!

Jorge.—Pero si la madre tierra ya es nuestra. Lo que pasa es que ustedes necesitan del arado para sentirla. Y le dan más importancia a un pájaro retorciéndose en la sartén, que cantando en la rama.

Palacios (despectivo).—No creas que vas a seguir vi-
viendo de parásito.

Jorge.—¿Cómo, parásito? Sin mi brillante actuación
secretaril, no hubieran llegado ustedes a ninguna conclu-
sión.

Alvarado.—Bueno, Avilés y Paredes no se oponen.
Porque entiendo que es la misma tu opinión, Paredes. (Es-
te asiente con la cabeza). Como estamos procediendo en
camaradería ¿por qué no vemos enseguida la forma más
equitativa de repartirnos las tierras?

(Hay un largo silencio. Alvarado, Palacios y Rivas
miran ansiosamente a Avilés; éste mueve impaciente la
cabeza, y al fin detiene su mirada en los otros colonos).

Avilés.—Espero a mi mujer. Nos veremos más tarde.

(Tras una muda vacilación, Palacios, Rivas y Alvara-
do salen por la izquierda, despidiéndose con la mano los
dos primeros y Alvarado con un humilde "hasta luego".
Los que se quedan no se dignan contestar. Jorge mira a
Avilés, sonriendo interrogativamente, pero éste no le hace
caso).

Jorge.—Esto se acabó. Desde mañana, alambre de
púas por todos lados y uno no podrá moverse con libertad.
La única esperanza es que peleen antes. Porque pelearán,
Avilés. Los hubieras visto en su famosa reunión. Si no es
por mi tino y desinterés, el final habría sido una masacre.

(Entran Dalia, Clara y Dorotea, por la derecha. Dalia,
como Avilés, pertenece a la selva; su belleza tiene algo de
salvaje. Clara y Dorotea son dos mujeres en quienes la mo-
notonía doméstica ha dejado sus huellas. Las tres traen
ropa recién lavada).

Dalia.—¡Salud! Venimos de hacer locuras. Hemos
cantado, corrido, trepado a los árboles....! Y nos hemos
reído.....!

Clara.—Contigo se está siempre alegre, Dalia, sobre
todo con tus canciones. Porque son canciones que ella in-
venta, Avilés.

Avilés (transformado por la ternura).—Pero no debes
de hacer eso, pequeña. Subir a los árboles es peligroso.

(Desde que aparece Dalia, la mirada y la sonrisa de
Jorge se iluminan. Dalia repara en ellas, se sorprende pri-
mero, pero luego las suyas vuelan a su encuentro).

Jorge.—Buenos días, señora Dalia.

Dalia.—¡Hola, poeta! ¿Cómo está usted?

Jorge.—Yo nunca estoy mal. (Con intención, bajando la voz) Menos ahora, que sólo veo cosas bellas. . . .

Clara.—Te dejo, Dalia. Tengo que ver el almuerzo.

Dorotea.—Yo también me voy. Y ya sabe, Avilés. Su mujer es una gran poetisa. Adios. (Sale con Clara).

Avilés (acercándose a Dalia).—Anda, mujercita mía. Cántame tus lindas canciones.

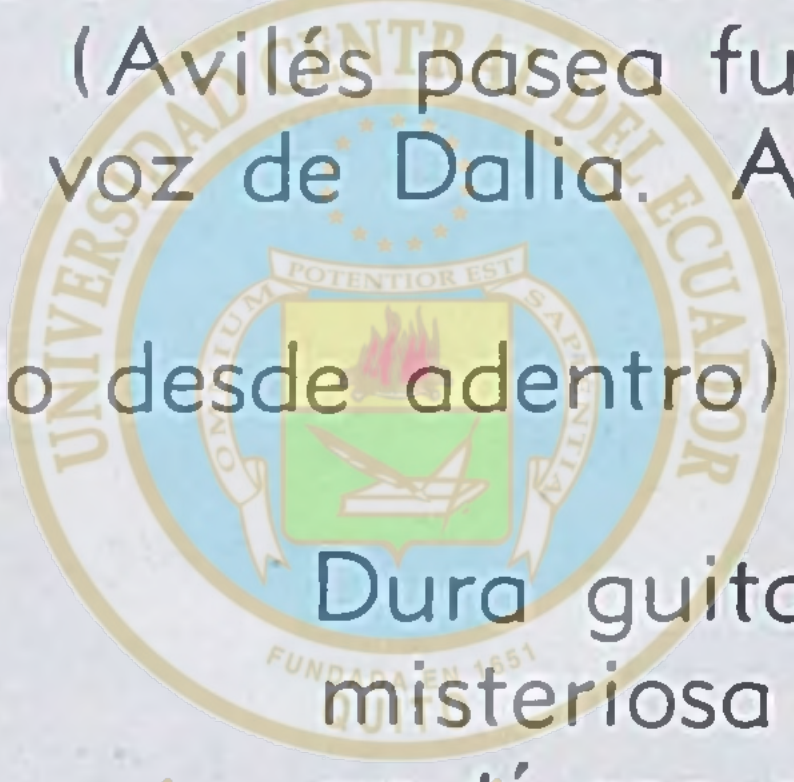
Dalia (riendo).—¡Oh! Mejor es que vaya a trabajar. (A Paredes y a Jorge) Buenos días. (Entra en la tienda).

Jorge.—Buenos días. Y contigo también, Avilés. ¡Hombre! ¿Y cuándo tomamos ese cafecito que sabe hacer tu mujercita?

Avilés (sonriendo satisfecho).—Pues ven a la tarde y cuando quieras, muchacho.

Jorge.—Siempre a tus órdenes. Hasta luego pues. (Sale por la izquierda). (Avilés pasea fumando. Dentro de la tienda se escucha la voz de Dalia. Avilés se detiene a escuchar, arrobado).

Dalia (cantando desde adentro).—



Dura guitarra del agua,
misteriosa piedra mía,
en tí me entregaré al sol
piafante del mediodía.
El sol vendrá alegre y rudo,
y mártir de sus caricias
me sumergiré en las ondas
para no quemarme viva.
Pero si mi amor me mata
y me convierte en cenizas,
seré un espiral de plata
ascendiendo con la brisa,
y aunque mi carne esté gris
y aunque mi carne esté fría,
mi amor será para el sol
piafante del mediodía.

Paredes (que mientras cantaba Dalia, ha estado fumando silencioso).—Quiero hablarte de un asunto. (Pausa. Avilés no le hace caso, extasiado como está en la contemplación de la tienda). Mira. (Saca del bolsillo un pe-

queño objeto brillante). Mira ésto. Creo que. . . . yo no sé. . . . no te rías, pero me parece que ésto puede ser oro.

Avilés (volviéndose bruscamente).—¿Qué dices?

Paredes (entregándole el pequeño objeto).—Mira esto.

Avilés (examina la piedra febrilmente. Todos los músculos de su rostro están en movimiento). ¡Oro! ¡Sí! ¡Oro, Dios mío! ¿Dónde, Paredes, dónde?

Paredes (que permanece frío ante la exaltación de Avilés).—Estábamos trabajando donde tú indicastes. Palacios salió con la idea de dedicarse a la agricultura y toda la gente lo siguió a discutir el asunto. Yo me quedé tendido al sol. De repente me encandelilló una luz que brillaba en un rincón: era esta piedra. Y la traje para que tú la vieras.

Avilés (en tono de reproche).—¿Y recién me lo dices, Paredes?

Paredes.—De eso quise hablarte hace un rato, pero a tí se te ocurrió que era de mi mujer y me dañaste la sangre y no oíste lo que te interesaba.

Avilés.—¿Has hablado a alguien de ésto?

Paredes.—Quería tratar el asunto primero contigo. Aún no he dicho nada.

Avilés (imperativo).—Ni dirás nada tampoco. ¿Entiendes?

Paredes (asombrado).—¡Avilés!

Avilés (sonriendo confidencial).—Escucha, Paredes. Es por el bien de ellos.

Paredes.—¿Por el bien de ellos? Pero si ellos han venido por este oro. (Larga pausa) Además, tienen derecho, fué nuestro compromiso. (Avilés ya no lo escucha; su atención está concentrada en el examen minucioso de la piedra. Paredes alza la voz, en un arranque de energía inusitado en él). No sé lo qué te propones, pero no cuentes conmigo. (Pausa, Avilés lo mira y Paredes continúa hablando atemorizado por su mirada dominadora). Después de todo, se trata de un descubrimiento. . . . mío, y lo participaré a todos nuestros compañeros.

Avilés (agitado).—¿Quieres echarlo a perder todo y hacerles un daño a estos pobres diablos?

Paredes.—¿Un daño? Pero si van a ver realizada su ambición. . . .

Avilés.—¡Ambición! ¡Bah! Aquí no hay más ambicioso que yo. Huír del hambre no es ser ambicioso y eso es lo que ellos han hecho. (Cruza la escena a grandes pasos y se detiene al lado de Paredes). Oyeme. Cuando resolví venir acá, no tenía un plan concreto. Aceptaba en principio que esto sería para todos. Pero hoy sé que eso es un absurdo. ¡Esta riqueza para estos cobardes! ¿Qué harán con ella? Los obstáculos los asustan, el tiempo los envenena. No aman la aventura ni aman el triunfo. Porque no es triunfo el que manda Dios, sino el que conquistamos nosotros.

Paredes.—Ellos tienen derecho a su felicidad, su felicidad humilde, si tú quieres, pero felicidad al fin.

Avilés.—Piensas en ellos y no piensas en esta pobre tierra, ávida de entregarse, pero a un hombre que pueda fecundarla. ¿Quieres que mañana vengan cuatro gringos y se lo lleven todo, sólo porque a tí te dió lástima de unos infelices?

Paredes.—Y tú no quieres que sean cuatro gringos: Quieres ser tú.

Avilés (con obstinación salvaje, de iluminado).—Sí, yo. Es mi derecho, mi destino, ese destino del que me hablabas hace poco. Yo, porque yo tengo esa fuerza salvaje que necesita este país para salvarse. ¿Sabes cuál es esa fuerza? No es la codicia, no. Yo he ganado dinero a montones. Pero me aburría. Cuando comprendí que necesitaba hacer algo mío, crear, crear, con mis manos, con mi sudor, con mi cerebro, con mi sangre, entonces me descubrí a mí mismo, entonces me amé a mí mismo, entonces amé a esta tierra, porque su grandeza está unida a la mía. ¿No lo ves, Paredes? Un río de oro que sale del Ecuador. ¡Y lo hago yo! ¡Con mis manos! He esperado este día como se espera un hijo! ¡Y tú quieres que lo deje pasar!

Paredes.—Sí. . . . Tal vez tengas razón. . . . Yo no me opongo a tus propósitos, pero no puedes defraudar a los demás. Reparte tu poder, ellos también tienen derecho.

Avilés (desalentado).—Derecho, derecho. . . . ¿Qué es el derecho? ¿La facultad de los incapaces? No, no. Repartir ese poder es destruirlo. (Súbitamente iluminado por una idea, toma a Paredes del brazo y le habla febrilmente). Mira. Las mejores tierras para la agricultura están más al norte. Los empujaremos hacia allá. Serán más felices con

una buena huerta; ésta no es tarea para ellos. Tú te quedarás conmigo, trabajaremos juntos.

Paredes.—Yo no cuento. (Sombrío) He fracasado en mi intento de olvidar. (Pausa) Te cedo mi parte, Avilés. Pero la de ellos, ésa no puedo cederla. (Declamatorio) Yo soy un hombre de honor. Hablaré. Tengo que tranquilizar mi conciencia.

Avilés (muy agitado, suplicante).—Espera. Déjame ilusionarlos con las tierras del norte. Si se van voluntariamente, tu conciencia estará tranquila. Espera unos días, una semana. . . .

Paredes (tras una larga vacilación).—No, no es posible, Avilés. Quisiera ayudarte, pero me pides algo contrario a mis principios. . . .

(Voces de ebrios que se escuchan desde afuera interrumpen a Paredes. Por la derecha aparece el Doctor, abrazado de un colono. El Doctor, completamente ebrio, revela, no obstante, por el brillo satánico de su mirada, una voluntad vencida, pero no muerta; toda su actuación es la del fracasado rencoroso, que se subleva contra su derrota. Viene con sus ropas manchadas de barro y con una botella de licor en la mano. El colono porta una guitarra).

Doctor.—¡Ave Avilés! Los que van a morir te saludan.

Avilés (que se ha estremecido imperceptiblemente). —¿Quién habla de morir? (sonriendo forzosamente) Vamos, Doctor, creo que voy a tener que enfermarme, para que usted pare la mano.

Doctor.—Ya vendrán las enfermedades, ya vendrán. Soy el único invulnerable. Mors non capit alcoholicus: el gran principio de la medicina moderna. Ahora estoy inmunizando a este muchacho.

Colono.—Sí, me está. . . . inmortalizando.

Paredes.—Te dejo, Avilés. Nos veremos luego. (Sale por la derecha. Avilés hace ademán de contenerlo, pero se reprime, mordiéndose los labios de despecho).

Colono.—Espera, pared florida. Quiero cantarte una canción. (Sale detrás de Paredes).

Doctor.—Mi querido Avilés,
ya me ves,
dando el último traspiés
de este mes.

Avilés.—Debe ir a dormir, Doctor.

Doctor.—Tengo que hablar contigo muchas cosas.

Avilés (fastidiado).—Ahora estoy muy cansado, Doctor.

Doctor.—Un minuto solamente. (Se dirige hacia Avilés, con pasos torpes, se tambalea y cae al suelo. Avilés ha querido contenerlo, pero al verlo caído, lo mira con desprecio y va a sentarse en el banco). ¡Oh dulce lecho de emociones nuevas!... Yo creo... hace falta... la niña... sí, claro... perdí todo y gané todo... (Se duerme).

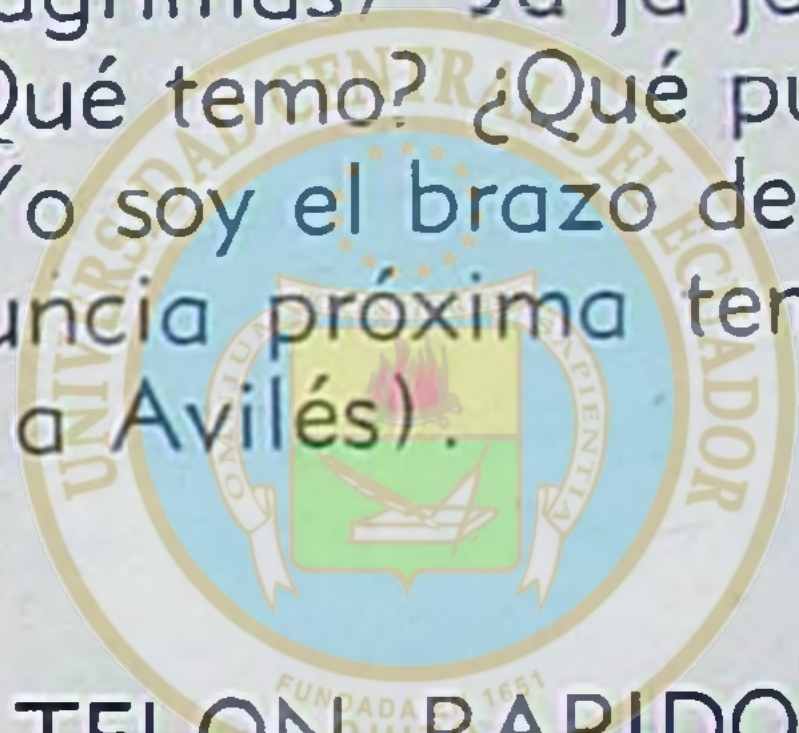
Avilés (fuma un cigarro mirando las volutas de humo; de pronto, gesticula y acciona en silencio; ríe; se levanta, pasea, vuelve a sentarse). ¡Quién lo hubiera dicho! ¡El bueno de Paredes descubriendo el oro! Dios le dió barba a quien no tiene quijada. Menos mal que no ha sido uno de los otros... (Larga pausa) Pero ¿por qué se opone este imbécil a mis planes? ¿Qué es lo que quiere? ¿La felicidad de estos infelices? No, es la suya propia la que más le interesa. No quiere atormentarse el alma. En fin, en fin... Veremos si se puede convencer a esa gente de que se vaya al norte. (Pausa. Tomándose la cabeza con las manos). Pero ¿quién convence a Paredes de que se calle? No se irán, no se irán. Convertirán esto en el caos ¡y eso no puede ser! Para algo estoy yo aquí. (Se levanta y camina en silencio, a grandes trancos). Este maldito Paredes... Si pudiera dominarlo... Pero es imposible; este hombre teme por su conciencia. ¡Ah Paredes, Paredes! Como estás cerca de la muerte, te palanqueas la entrada al cielo. (Se detiene bruscamente y queda unos segundos en silencio; cuando vuelve a hablar, su voz está teñida de terror). ¿Cerca de la muerte? ¿Quién nombró a la muerte? ¡Yo, no! ¡Yo, no! La nombró él, sí... claro, él fué. (Alzando la voz) ¡El fué! El dijo que quería morir y se mataría. (Muy agitado. Gruesas gotas de sudor ruedan por su frente. Habla con una voz profética, que parece ajena). Si él muriera... su destino: ... el mío... el de los colonos... (Pausa. Su voz vuelve a ser un grito de terror) ¡No! Paredes es... ¡un buen muchacho! (Pausa. Otra vez se apodera de él esa voz profética y ajena) Un buen muchacho que quiere morir "Debo matarme porque soy un fracasado", ésas son sus palabras. (Sentencioso; ahora su voz, conservando un tono vacilante, es la suya propia). Si buscas a la muerte, te

acabas, pero no la conoces. ¡Y hay que ver lo bella que es! (Pausa. Como saliendo de una pesadilla) Pero yo no he matado nunca. (Gritando, como acusándose a sí mismo) ¿Y es que acaso voy a hacerlo? (Cae sentado en el banco y sepulta la cabeza entre las manos; tras un largo silencio, continúa lenta y enérgicamente, alzando la cabeza, desafiante) Sin embargo, él va a morir ¿por qué no hoy? (Con una sonrisa siniestra) En el cielo lo recibirán lo mismo: la intención es la que vale. (Un grito histérico se escapa de sus labios, pero esta vez es una fuerza extraña la que lo provoca) Pero no puede ser! no, no!

Doctor (dormido).—¡Ave Avilés! Los que van a morir te saludan.

Avilés (echa mano a la pistola que lleva en el cinto; cuando repara en el Doctor, se serena y ríe largamente hasta que le saltan las lágrimas) Ja ja ja ja ja! Si seré imbécil! ja ja ja ja ja ¿Qué temo? ¿Qué puedo temer? Yo hago cumplir el destino. Yo soy el brazo de Dios.

(Un trueno anuncia próxima tempestad. Parece que la selva hiciera coro a Avilés).



TELÓN RÁPIDO

ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

Fin del Primer Acto

SEGUNDO ACTO

El escenario es el mismo del primer acto, pero han ocurrido notables transformaciones. Ha desaparecido la tienda de campaña. Los ruidos naturales de la selva han sido reemplazados por los provenientes de una intensa actividad humana. Se escuchan intermitentemente voces de mando e interjecciones.

Al levantarse el telón, varios hombres cargados de materiales de construcción cruzan la escena, silenciosos y apresurados.

Inmediatamente aparece Jorge, con un libro en la mano.

ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

Jorge (moviendo la cabeza con desaliento tras contemplar irónicamente a los obreros).—¡Oh el progreso! ¡Oh maravillosos capitanes de la civilización! No respetáis nada. Mi reducto de paz ya no es más que una vulgar factoría. En fin. . . . (Avanza hasta el banco rústico y se sienta. Va a abrir el libro, cuando aparece Dalia por la izquierda. Jorge la contempla sonriendo).

Dalia (deteniéndose en la entrada).—¿Mi marido?

Jorge (levantándose).—Ocupado, ocupadísimo. Temo que no pueda encontrarlo en muchos años.

Dalia (disponiéndose a partir).—Hasta luego, entonces.

Jorge (precipitándose a su encuentro).—¡Oh no! Tengo preparado para Ud. un cuento. No he tenido oportunidad de verla a solas, para contárselo. (Tomándola del brazo, la arrastra hacia el banco. Dalia, un tanto desconcertada, lo deja hacer). Siéntese, por favor. (Se sientan. Jor-

ge contempla absorto a la mujer, que huye de su mirada).

Dalia.—Bueno ¿y.....?

Jorge.—¡Ah sí! El cuento....Pues....Había una vez un roble gigantesco, adorador ferviente de un rosal que crecía a su lado. Perdido en las alturas, su adoración se limitaba a proteger al objeto de su amor, a mantenerlo al abrigo de los elementos y las pasiones. Cuando el huracán soplaba su cuerpo amenazante, el gran árbol presentaba su cuerpo como escudo y el rosal apenas si era mecido suavemente en medio del cataclismo universal. Cuando el sol volcaba sus canastas de fuego, el roble abría sus brazos amorosos y extendía su manto de sombra protectora. Así rodaban los días y las noches y con el tiempo crecía la pasión del gran árbol. Mas, he aquí que de pronto el rosal comienza a languidecer. Sus brillantes colores, su bizarra lozanía, sus olores sagrados: todo su encanto se esfuma sin remedio. El roble se inquieta. Redobra sus esfuerzos vigilantes. Ni una gota de sol ni la más leve brisa tocarán al rosal. Todo inútil. Y cuando la muerte se acerca con su galope cojo y el gran árbol, vencido por el dolor, deja al rosal a merced de los elementos, a merced de la vida, se yergue éste como un cisne vegetal y lanza su último lamento: "¡Ay, amadas cosas que sólo llegáis con la muerte! (Mira a Dalia, buscando en su rostro el efecto de sus palabras.)

Dalia (levantándose).—Felicitaciones, poeta....

Jorge (levantándose también).—Un momento. Falta la moraleja.

Dalia.— Esa, guárdesela. Y en lo sucesivo, guárdese también todas sus historias. (Se encamina hacia la salida.)

(Jorge queda perplejo un instante, luego corre al alcance de Dalia y la toma audazmente por los brazos. Dalia intenta resistir al comienzo, pero pronto es cogida por el hechizo de las palabras del joven y lo deja hacer.)

Jorge (Con pasión).—No me huyas. Es inútil, pequeño rosal. No permitiré que mueras. Deja a los Dioses en sus alturas y ven conmigo a correr sobre la yerba, a aprender lecciones del agua, a contar las estrellas....

(Se contemplan un segundo anhelantes y se funden en un estrecho abrazo, que es interrumpido por el rumor de las palabras de Avilés. Cuando éste entra, los dos amantes parecen muchachos cogidos en falta).

Avilés (entrando).—¡Hola, jóvenes! (Reparando en la actitud de los otros) ¿Qué pasa aquí? (Mira alternativamente a Jorge y a Dalia, sin encontrar respuesta) Ya imagino. . . . (A Jorge) Haciendo rabiar a mi mujer. (A Dalia) Mira, nena, a este muchacho hay que perdonarlo. Tú comprendes es un poeta, uno de esos seres que viven en las alturas. Ni nosotros los entendemos ni ellos nos entienden a nosotros. (Animándose con sus propias palabras). Nosotros somos para ellos. . . . ¿cómo es. . . .? Materialistas, esa es la cosa. Materialistas, ja ja ja ja ja.

(Dalia y Jorge permanecen silenciosos y turbados. Sólo Avilés ríe largamente.)

Dalia (no repuesta aún).—Los dejo. (Va a salir pero se vuelve en una rápida y repentina decisión).—Hasta luego, marido mío (Lo besa apasionadamente.) Adiós, Jorge.

Jorge (Aparte, a Dalia).—Hasta luego. . . . Rosal.

(Sale Dalia por la izquierda).

Avilés (meneando la cabeza y mirando el lugar por donde salió Dalia). ¿Has visto tú maravilla más perfecta que esta mujercita? ¡Demonios, qué cosa tan grande! (Dando un chasquido despectivo). Pero, ¿qué sabes tú de esto, poeta enamorado de la luna? ¡Qué vas a entender tú la belleza caliente de una mujer, si para tí sólo son bellas las flores heladas y las estrellas lejanas. Verdaderamente, no sé qué vienen a hacer al mundo gentes como tú.

Jorge (irritado).—Tienes un aire de superioridad insoportable. Cuidado Avilés. Una confianza excesiva en la vida es peligrosa. . . .

(Avilés lo mira sorprendido, luego sonríe y habla lentamente).

Avilés.—Yo no confío en la vida: confío en mí.

Jorge.—Nunca has tropezado con un obstáculo serio. El día que se te presente, vas a derrumbarte estrepitosamente.

Avilés.—¡Qué sabes tú! Cuando aprendas a confiar en tí, con una confianza ciega, de fanático, no habrá nada que pueda sacarte del camino. La voluntad, muchacho, la voluntad. . . .

(Dos obreros que entran por la izquierda y se detienen humildemente interrumpen a Avilés que los mira sorprendido y luego les hace ademán de acercarse. Los obreros se aproximan.)

Obrero primero.—Queremos hablar con usted, señor.

Avilés (cordial).—Muy bien. ¿De qué se trata?

Obrero primero.—Resulta, señor, que. . . . Pues queremos regresarnos, señor.

Avilés (inquieto).—¿Cómo?

Obrero primero.—Pues la verdad, señor, es que. . . . las enfermedades. . . .

Avilés (sarcástico).—¡Ah! ¿Tienen miedo?

Obrero primero (grave).—No somos cobardes, señor, pero contra las enfermedades no se puede luchar.

Avilés (brusco).—¿Y qué enfermedades son esas? ¿De dónde han sacado esos temores ridículos?

Obrero segundo (después de un largo silencio).—Vea, señor. El mismo doctor confiesa el peligro. Dice que no hay seguridad para nadie.

Obrero primero.—No quiere atender a los enfermos porque dice que con sus cuidados se morirán más pronto.

Obrero segundo.—Salinas se está muriendo como un perro desde anoche, sin que nadie lo atienda.

Avilés (visiblemente afectado por las informaciones).—¿Cómo hacen caso de ese tipo que sólo vive borracho?

Obrero primero.—El hombre sabe más cuando está borracho. . . .

Obrero segundo.—Y aquí no se puede vivir sin médico.

Avilés (rápidamente, asiéndose de las últimas palabras para desviar la conversación).—La próxima semana llegan los nuevos médicos.

Obrero primero.—Pero el Doctor dice que no hay remedio. . . .

Avilés (brusco).—¡Basta ya! El Doctor puede decir lo que quiera, pero de aquí no se va nadie ¿entienden? (Dulcificando el tono, al ver que los obreros no se intimidan por su actitud).—Me ponen ustedes nervioso. Vamos a arreglar esto. Haré entrar al Doctor en vereda y cuando lleguen los nuevos médicos prescindiremos de él. ¿Conformes?

(Los obreros cambian una mirada de inteligencia. Se produce un largo silencio embarazoso, que es roto cuando Jorge, espectador irónico de la escena, se pone a silbar despreocupadamente. Avilés le lanza una mirada terrible. En ese momento, todos los personajes quedan paralizados por la voz del Doctor, que se escucha desde fuera como la de un profeta enloquecido y diabólico).

Doctor (desde afuera).—Por mi boca habla el Espíritu. Oidme y temblad. Ya viene la muerte. Ved su cuerpo, en huesos florecido. No viene de visita. Vivirá con nosotros para siempre porque nosotros somos sus hijos predilectos. ¡Somos los exploradores de la Muerte!

(Se oye un murmullo en el que se mezclan risas e insultos. Avilés cierra los puños amenazantes, mientras los obreros le lanzan miradas desafiantes y aterrorizadas).

Una voz (desde fuera).—¡Estás borracho!

Una voz de mujer (desde fuera) ¡Cállate, hereje!

Doctor (desde fuera).—Vosotros no sabéis, hombres de poca fé, que yo soy el heraldo de la Muerte. . . .

(Un estruendo de silbidos e interjecciones interrumpe al Doctor, que grita desaforadamente: "Oidme, oidme!")

(Aparece el Doctor por la izquierda, en un estado lamentable. Tiene la ropa desgarrada, la mirada extraviada y una barba de muchos días).

Doctor (levantando el brazo izquierdo en solemne saludo).—¡Ave Avilés, árbitro de la paz y de la guerra! (Dirigiéndose al grupo) ¡Venid, pecadores, al arrepentimiento! Yo soy el Cordero de Dios, que lava los pecados del mundo. Apresuráos a vuestra contrición porque cercano está el llamado a juicio. Y entonces será el temblar y crujir de dientes. Pero aún es posible vuestra salvación. Porque no he venido a llamar justos, sino pecadores arrepentidos. Y los que. . . .

Avilés (saltándole a los hombros y remeciéndolo con furia). ¡Basta! (La escena queda unos segundos en un silencio sepulcral. El Doctor hace gestos absurdos y al fin baja la cabeza, desconcertado. Avilés lo conduce hasta el banco y lo obliga a sentarse).

Jorge (poniendo una mano sobre el hombro del Doctor).—Descanse un rato.

Avilés (tratando de ser benévolo).—Descanse. . . . Duerma. . . .

(El Doctor lanza una mirada extraviada a sus interlocutores, acciona torpemente y al fin cae en un pesado sopor. Avilés se aproxima a los obreros. Jorge acondiciona al Doctor, para que repose cómodamente).

Avilés (a los obreros).—Ahí tienen a quien los intimida: un borracho indecente. (Rectificando apresurado). Claro que sin alcohol es un buen médico. . . . (Al ver que

los obreros no deponen su actitud hostil). Váyanse tranquilos. Y esperemos la llegada de los otros médicos; es cuestión de días.

(Los obreros inclinan la cabeza, silenciosos. Avilés se frota las manos, nervioso).

Avilés.—Es ridículo dejarse amedrentar en esa forma. Ustedes no son niños. . . .

Obrero primero (tras una larga vacilación).— Está bien. Hablaremos a los demás.

Obrero segundo.—Hasta luego, señor.

(Salen).

Jorge (irónico).—¿Quieres seguir hablándome sobre la voluntad?

Avilés (brusco).—No estoy para bromas. (Recorre la escena a grandes trancos, se detiene y cruza los brazos en actitud meditativa. Repentinamente mira su reloj). Hazme un favor, Jorge. Tengo que arreglar hoy mismo este asunto. Anda a mi casa y díle a mi mujer que no me espere a almorzar.

Jorge (tratando de disimular la satisfacción que le produce el encargo) Con mucho gusto.

(Se dirige a la salida).

Avilés.—Si no tienes inconveniente, acompáñala a almorzar.

Jorge (desapareciendo).—Si es que no le desagrada. . . .

(Avilés queda unos segundos, inmóvil y meditativo en el centro de la escena. Mira al Doctor y chasquea los labios despectivamente. Se le acerca y lo contempla con una mirada de odio. Regresa al centro de la escena y se pasa la mano por la cabeza).

Avilés.—He sepultado el recuerdo. Sólo esta selva con la que he dialogado tantas veces sabe lo que he luchado para conseguirlo. Ella me ha perdonado porque todo lo hice para salvarla. Y este fracasado con quien tuve que contar, pretende destruirlo todo. ¡No! ¡Nunca! (Rápidamente se acerca al Doctor, lo levanta y lo remece fuertemente. El Doctor sale lentamente de su sopor y contempla absorto al otro hombre).

Avilés.—Inmundo borracho ¿hasta cuándo vas a fastidiar? ¿Te das cuenta de lo que haces, imbécil?

Doctor (tratando de recordar, en un esfuerzo supremo).
—Yo....

Avilés.—Sí, tú. Hablas estupidez y media, asustas a la gente. ¿Qué es lo que te propones?

Doctor (cuya mirada va tornándose cada vez más consciente).—No sé. Estoy borracho....

Avilés.—Estás borracho.... Esa es toda tu defensa. Y porque estás borracho, siembras el terror.

Doctor (sombrio).—Llevo el terror dentro de mí.

Avilés (sarcástico).—¿La conciencia?

Doctor (con un gesto).—¡No! Son los fantasmas.

Avilés.—Un tipo como usted no puede permitirse esos lujos. Si quiere librarse de ellos, no beba tanto.

Doctor (hostil).—Hubo un momento en que usted creyó lo contrario....

Avilés.—¡Basta! No vuelva con lo mismo. (Muy lentamente).—Y sepa que desde hoy no hay más whiskey.

Doctor (tartamudeando y extendiendo las manos suplicantes).—No.... No puede usted hacer eso.... (Sombrio, inclinado la cabeza) Fué nuestro compromiso....

Avilés.—¿Pero no se da cuenta usted de lo que habla?

Doctor (implorante).—Le prometo... nunca más... Beberé en silencio, me encerraré para hacerlo, pero no me suprima el whiskey.

Avilés (tras contemplarlo fijamente).—Hay otra cosa. Se niega usted a atender a los enfermos....

Doctor (con voz sorda).—Es que no puedo, Avilés, no puedo. Traiga otros médicos, yo ya no sirvo. Déme algún trabajo de oficina. Voy a matarlos. Usted sabe.... no puedo hacer otra cosa....

Avilés (con un rugido).—¡Silencio!

Doctor.—No me exija eso.... eso no....

Avilés.—Tiene que hacerlo ¿entiende?

(El Doctor mueve la cabeza negativamente. Avilés lo hace en sentido contrario y lo va arrinconando hasta que, como hipnotizado, el Doctor asiente en silencio).

Doctor (con voz sorda).—Iré, iré. (Sale lentamente, pero se vuelve antes de desaparecer para implorar). El whiskey.....

(Avilés hace un signo de asentimiento. Cuando desaparece el Doctor exhala un suspiro de alivio. Pasea en silencio, fumando. Se detiene frente al público).

Avilés.—La voluntad, la voluntad invencible. . . .

Doctor (entrando precipitadamente) ¡No puedo! ¡No puedo. Los mataré, Avilés, los mataré. Estas manos sólo saben matar ¡nuestras manos!

TELON RAPIDO

Fin del Segundo Acto



ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

TERCER ACTO

El despacho del Gerente de la Compañía Aurífera Oriental. Al fondo, un gran ventanal que deja ver las grúas del campamento y penetrar el ruido de la actividad febril que allí se desarrolla. A la derecha, puerta que conduce a las habitaciones privadas del gerente. A la izquierda, puerta que lleva al exterior. Distribuidos convenientemente, muebles de oficina. Un sofá está cercano al escritorio suntuoso del gerente, emplazado contra la pared lateral de la derecha. En las paredes, mapas y cuadros estadísticos.

Cuando no se indique otra cosa, los personajes entrarán y saldrán por la izquierda.

Al levantarse el telón, aparece Dalia en escena. Viste con refinamiento. Está mirando ansiosamente por la ventana; luego avanza hasta la puerta de la izquierda y escudriña hacia afuera; regresa al escritorio y toca el timbre. Entra el portero.

Dalia.—¿Salió mi marido?

Portero.—Se fué en la camioneta, señora. Dijo que volvería después de media hora.

Dalia.—Está bien.

(Sale el portero. Dalia enciende un cigarrillo y fuma con avidez nerviosa. Vuelve a asomarse a la ventana y regresa junto al escritorio. Entra Jorge).

Jorge (mirándola ansiosamente) ¡Dalia!

Dalia (después de un largo silencio) ¿Viniste?

Jorge.—Te espero hace veinte minutos.

Dalia.—¡Ah!

Jorge (avanzando hacia ella, en tono irónico) Arrepentida?

Dalia.—No sé. Quiero ir contigo. Pero siento como si me retuvieran con cadenas, y esas cadenas, lo sé, son los brazos de él.

Jorge (seco).—Aún puedes volverte atrás.

Dalia (tomando entre sus manos la cabeza de Jorge). —¿No comprendes? ¡Oh! ¿Cuándo serán menos tontos los hombres con su pretensión de que los quieran sólo a ellos? (Soltándolo, tras una breve pausa) ¡Amar a un solo hombre! Eso me lo enseñaron las monjas y lo leí en las novelas. Pero la vida nada tiene que ver con las palabras. Está una amando a su hombre, como yo quiero al mío, y un día pasa por la ventana otro, que trae las canciones que una ha querido cantar desde el vientre de su madre. Entonces, yo lo amo también, porque mi carne es honrada y no puede traicionarse, porque mi alma es pura y no sabe mentir. Ese eres tú, Jorge.

Jorge.—Pero él, siempre presente en tí, siempre interrumpiendo nuestro amor.

Dalia.—¿Qué te importa? ¿No ves que estoy abandonándolo porque tu canción me tira de las manos y los senos, porque sueño lo que tú cantas? (Abrazándolo) Vamos, no hay cadena que me retenga.

Jorge (saliendo con Dalia enlazada por el talle; lentamente en voz muy baja) ¡Oh Dalia, flor de la selva!

¡Oh Dalia, selva de flores!

¡Oh selva, qué flor tu Dalia!

¡Oh selva, tu dalia en flor!

(La escena queda desierta unos segundos. Entran el portero, Palacios y Clara).

Portero.—Pueden sentarse aquí. El señor no tardará.

(Sale el portero. Palacios y Clara se sientan en el sofá).

Clara (mirando alrededor) ¡Barajo! ¡Qué manera de prosperar! (Vuelve a examinar atentamente la habitación; luego se levanta y va a mirar por la ventana). ¿Y esto es sólo de Avilés? (volviéndose a su marido) Por apurado y por bruto lo perdiste todo. ¡Y pensar que tú podías ser uno de los dueños de esto! ¡Si es para desesperarse! Da gracias a que soy tan amiga de Dalia. . . .

Palacios.—Cállate, mujer, cállate.

Clara.—Eso es lo único que sabes. ¡Callarme! ¡Con los días que no hemos tenido qué comer, mientras Avilés

se convertía en el señor Avilés! (vuelve a sentarse junto a su marido) Yo te lo dije: "Ese médico es un borracho y no sabe lo que dice". ¡Qué peste ni qué niños muertos! Paredes se murió porque le llegó la hora.

Palacios (irritado).—¿Qué sacas con estar renegando? Menos mal que hemos llegado.

Clara.—¿Pero crees que voy a reventar callada? Tengo que hablar. Para que otra vez no te creas el único inteligente. (Irónica, remedando a su marido) "La agricultura es el porvenir del Ecuador". A ver cuál de los tontos que creyeron en la agricultura tiene ni en qué caerse muerto.

(Entran Avilés y el portero. Avilés usa sarakof, chaqueta blanca y botas).

Portero.—Los hice entrar a su despacho, señor.

Avilés (reparando en los visitantes).— ¡Palacios! ¡Clara! ¿Cómo les va, hombre? ¿Cómo se alegrará mi mujer de verla, Clara!

(Palacios y su mujer van al encuentro de Avilés; Palacios, huraño; Clara adúladora).

Clara.—Pues aquí nos tiene, señor Avilés. Nos fué muy mal en el norte. Supimos lo bien que estaba usted aquí y creímos que podían hacerle falta un obrero y una lavandera.

Avilés (cordialísimo).—Siempre hay aquí trabajo para los amigos. Pero con lo que gane Palacios, no hará falta que usted trabaje, Clara. Su trabajo será pasear con Dalia. (Se sienta a su escritorio: Palacios y Clara lo hacen en el sofá). Pero oye, Palacios. La única condición para ingresar a la Compañía es ser alegre. Vamos, hombre. Aquí estás entre camaradas.

Palacios.—Tú comprendes, Avilés. Hemos sufrido mucho.

Clara.—La culpa fué de ustedes mismos. ¿Quién los mandó a que se fueran de aquí. Nadie, sino que le hicieron caso a ese médico borracho.

Palacios.—Tú no entiendes nada, mujer. Cállate.

Avilés.—Bueno, no pelear. Vamos a ver cómo les arreglamos la situación.

Portero (entrando).—Señor, el Jefe del Laboratorio dice que tiene listo el experimento.

Avilés.—Voy enseguida. (A Palacios y Clara) Vuelvo en unos minutos. (Sale con el portero).

Clara (después de sacudirse nerviosa en el asiento).— ¡Jesús! ¡Pensar que podríamos estar nadando en oro! Cuando veo esta maravilla, me dan ganas de llorar.

(Entra Alvarado con unos papeles en la mano).

Alvarado (reconociendo a Palacios y su mujer).— ¿Ustedes?

Clara.—¡Alvarado! ¡Cuánto gusto!

Palacios.—¿Qué tal, viejo?

(Se estrechan las manos; Palacios y Clara vuelven a sentarse).

Alvarado.—¿Han venido a quedarse?

Palacios.—Si me dan trabajo. Avilés me ha ofrecido.

Alvarado.—Te lo dará. ¡Qué hombre más generoso! Cuando se trata de un amigo suyo, no le importa que le sobren brazos. Y paga muy buenos salarios.

Palacios.—Es una bendición que así sea, después de nuestro fracaso.

Clara.—¡Ay Alvarado! Nunca me consolaré. Cuando pienso que esto pudo ser nuestro. . . .

Palacios (A Alvarado).—¿Y tú? ¿Qué te pasó después de que todos nos fuimos?

Alvarado.—Habría fracasado como ustedes, a no ser por Avilés. No sólo me ayudó a subsistir, sino que cuando ya había encontrado el oro y legalizado la propiedad de las tierras, me compró mi parte sólo por ayudarme. Y fíjense lo que son las cosas: donde yo no había encontrado nada, él en una semana encontró más oro.

Clara.—¡Qué suerte de hombre!

Alvarado.—Se la merece, indudablemente.

Palacios.—¿Y las enfermedades, Alvarado? Porque después de lo que pasó con Paredes. . . .

Alvarado.—Bueno, yo nunca creí que fuera tan grave el peligro. A Paredes pudo picarle algún bicho, pero eso no quería decir que fuera a picarnos a todos. Tú sabes cómo se la pasaba el Doctor. . . . Entre una botella y la siguiente. Pero Avilés desecó todos los pantanos y las condiciones higiénicas actuales son magníficas.

(Entra el Doctor; no viene ebrio, pero nuestras señales de haber bebido; viste un poco más cuidadosamente que en el primer acto).

Doctor.—¿No está el Gerente?

Clara (haciendo ademán de levantarse, que es detenido por la fría actitud del Doctor).—¡Doctor! ¿Cómo está usted?

Doctor (mirando a Clara con impaciencia).—El Gerente, digo.

Alvarado.—Ha salido, Doctor.

(El Doctor se sienta; enciende un cigarrillo).

Alvarado (a Palacios y su mujer).—Tengo que volver al trabajo. Ya nos veremos. (Deja los papeles sobre el escritorio y sale. Clara habla al oído a Palacios; éste, con un gesto, la rechaza).

Doctor (mirando el humo).—Usted es Palacios.

Palacios.—Sí, Doctor. He regresado a buscar trabajo.

Doctor.—¡Ah! ¿Le van a dar?

Palacios.—Avilés me ha ofrecido.

Doctor (irónico).—¿El Gerente? ¡Claro!

Clara.—Pues parece, Doctor, que usted se equivocó y que más enfermedades había en el norte que aquí.

Doctor (ambiguo).—Avilés lo puede todo.

(Clara cuchichea a la oreja de su marido; éste no le presta atención. Se oye la risa estridente de Avilés, que aparece seguido de dos obreros que visten de overol).

Avilés (a los obreros).—Bueno, muchachos. Díganle al cajero que me mande los vales.

Obrero primero.—Muchas gracias. Jefe.

Obrero segundo.—Adiós, señor.

(Salen los obreros. Avilés se dirige a su escritorio. Al reparar en el Doctor, hace un gesto de desagrado. Este continúa fumando, impasible).

Avilés (sentado al escritorio escribe una orden que entrega a Palacios).—Anda a la Superintendencia y busca a Rivas; él te instalará. Ven a verme luego con él. (A Clara).—Y usted también. Dalia regresará después de un rato.

Palacios.—Gracias, Avilés. Hasta luego.

Clara.—Que me espere Dalia. Estoy loca por verla. (Sale con Palacios).

Avilés (al Doctor).—He prohibido al portero que lo deje entrar a usted aquí.

Doctor.—Lo sé. No lo culpe a él. He entrado porque debía entrar.

Avilés.—¿Qué quiere?

Doctor.—Va usted a oírlo.

Avilés.—Se ha dado la orden. Vendrá el Whiskey. Lo que no quiero es que el campamento se convierta en un montón de borrachos.

Doctor.—Miente. Pero no importa. No es eso lo que me interesa. Ahora. Usted sabe que yo he bebido en mi primera juventud. Fuí al alcohol porque era una evasión. Pero cuando **hemos** triunfado, cuando **nuestra** obra surge majestuosa, cuando se abre tan brillante perspectiva para el estudio de las enfermedades tropicales, el alcohol ya no me interesa. (Pausa. Avilés escucha con el ceño adusto.) Vuelvo a la ciencia, señor Gerente. Aquí me reivindicaré. Exijo que se me nombre Director del Hospital.

Avilés.—¿Qué dice usted?

Doctor.—¿Por qué le sorprende? Usted sabe que soy un buen médico, tan bueno como cualquiera de los distinguidos colegas que están aquí. Queda pues en libertad de revocar la orden del Whiskey. (Sonriendo) Pero se sirve extender ese nombramiento hoy mismo.

Avilés (con voz sorda).—¡Miserable!

Doctor (irónico).—Sabe usted también, señor Gerente, que aquí yo puedo exigir, que soy. . . . como si dijéramos, uno de los accionistas principales, el accionista que puede provocar la quiebra de la Compañía Aurífera Oriental.

Avilés.—¡Basta de disparates! Hablemos en serio.

Doctor.—Completamente en serio. Un crimen produjo para usted el poder y la riqueza; para mí, nada. Nada quiero quitarle, pero es justo que me dé la oportunidad de rehabilitarme.

Avilés (un poco más sereno).—No tenemos para qué hablar del pasado. (Pausa). No veo por qué su rehabilitación ha de efectuarse precisamente aquí. Váyase al exterior. Contará con suficiente dinero.

Doctor.—Eso no sería rehabilitación. Sería una fuga como la alcohólica. No. Lo que yo quiero, lo que yo necesito es triunfar aquí, en este sitio que atrae la atención de todo el país. Cuando mi nombre haya reconquistado su puesto, para entonces, Avilés, tendré en cuenta su generosa oferta de enviarme al exterior.

Avilés (suplicante).—Pero eso no puede ser.

Doctor.—¿Por qué no puede ser? ¿Porque usted es un cobarde, verdad? Me teme porque poseo su secreto. Me teme

borracho porque cree que puedo traicionarlo en la inconsciencia. Me teme regenerado porque cree que los escrúpulos me obligarán a decirlo todo. Pero, además, teme mi simple presencia porque soy para usted un recuerdo terrible.

Avilés (con una sonrisa nerviosa).—¡Bah! ¡Temerlo a usted!

Doctor (levantándose acusador y avanzando hasta el escritorio).—Sí, Avilés. Usted me teme. Y por eso no voy a prometerle nada. Usted me nombrará porque tiene que nombrarme. Y sépalo: yo no le temo a usted. Usted es incapaz de matarme; la sangre le asusta. Si mató a Paredes, fué porque su muerte era la necesidad de su vida. ¡Ah Avilés! Se cree usted el Dios de la selva porque vence a la naturaleza. Pero ¿y los hombres? A ellos no se los puede dominar siempre; a veces hay que quitarlos de en medio. (Sádico) Para ser un gran aventurero, hay que ser un gran asesino.

Avilés (levantándose y golpeando el pecho del Doctor con los puños).—¡Cállese! ¡Cállese! ¡Fuera de aquí!

Doctor (impasible, contemplando a Avilés con una serenidad llena de desprecio y de grandeza; es la angustia sublimizada en energía).—Piénselo, Avilés. Yo también estoy desesperado.

(Hay un silencio tenso. Los dos hombres se contemplan fíjamente; en la mirada de Avilés se mezclan el terror y el odio).

Avilés (bajando la cabeza).—Otro día. . . . Venga a verme otro día. Déjeme pensar. . . . Yo lo llamaré.

Doctor (tras una ligera vacilación, sin variar su expresión desafiante).—Está bien. (Muy lentamente) Pero no olvide que estoy desesperado. (Sale).

Avilés (que se ha sentado a su escritorio y reflexionando cabizbajo).—Bueno, me ha enfurecido el borracho este. (Sonriendo nerviosamente) y me ha asustado también. . . . (Con energía) Pero no puedo hacer eso, no puedo. Lo que quiera, pero que se vaya de aquí. (Tras una pausa, continúa lentamente) La verdad es que si se empeña. . . . ¡Maldita sea! (Nueva pausa, tras la cual se incorpora en su asiento) Pero. . . tal vez. . . ¿por qué no? ¿Por qué no darle esta oportunidad? (Animándose) El quiere rehabilitarse. . . . no hará, no podrá hacer escándalo. . . . ¡Claro que no! Y me he dañado el genio. . . .! ¡Si seré imbécil!

(Ríe como para asegurarse a sí mismo que está completamente tranquilo) Ja ja ja ja ja. Claro, naturalmente que lo nombraré. Lo que son los hombres cuando no reflexionan. Y el muchacho es indudablemente un buen médico. . . . Lo nombraré, lo nombraré.

Portero (entrando).—Esta carta, señor; acaban de traerla. (Le entrega la carta y sale).

(Avilés toma la carta y la deja indiferente sobre el escritorio. Va a examinar otros papeles, pero repara en la letra del sobre y lo toma, frunciendo el ceño; le da vuelta entre las manos y al fin lo rasga. Lee con el semblante descompuesto).

Avilés (con voz sorda).—¿Qué? ¿Qué es esto? ¿Qué es esto, Dalia? ¡Dios mío! ¡Y con un vagabundo. . . . Dalia ¿qué va a ser de nosotros? (Queda anonadado con la carta entre las manos, a tal punto que no repara en Alvarado, Palacios, Rivas, Clara y Dorotea, que entran en este momento, y que lo contemplan unos segundos en silencio).

Clara.—¿Dónde encontraremos a Dalia, señor Avilés?

Avilés (como soñando).—Con los pájaros. . . . (señalando la carta) Aquí lo dice.

Clara.—¡Con los pájaros! ¡Qué divertido!

Avilés (con una sonrisa feroz).—Muy divertido ¿verdad? (Levantándose) ¡Yo me creía un gran hombre! Ja ja ja ja ja ¡Un gran hombre! Y por creerme un Dios. . . . el dios de la selva, maté a Paredes. . . . Y por creerme un dios, les robé a ustedes sus tierras. . . . Y soy un pobre diablo como ustedes, uno de esos que aman con todo su ser, con todo el universo metido adentro. ¡Haber robado para esto! ¡Haber matado para esto! Para que todo se acabe cuando ella se va. . . . (Cae pesadamente en su asiento y oculta la cabeza entre las manos. Los demás lo miran paralizados por el asombro).

TELON LENTO

Fin del Tercer Acto

CUARTO ACTO

El mismo decorado del Segundo Acto.

Cuando no se indique otra cosa, los personajes entrarán y saldrán por la izquierda.

Desde el comienzo del Acto, se escuchará el rumor del río, que irá creciendo continuamente, hasta llegar a ser el mugido de un gigantesco toro de agua. En los primeros momentos, ese rumor no parece entrañar una amenaza.

Al levantarse el telón, están en escena el portero, Palacios, Rivas y Alvarado.

Portero.—Les digo que el señor Gerente no se ha levantado. Anoche estuvo hasta muy tarde discutiendo con los ingenieros. Había el temor de que el río creciera demasiado.

Palacios.—No importa. Lo esperaremos.

Portero (encogiéndose de hombros).—Yo no respondo. (Sale).

(Alvarado se sienta; Palacios y Alvarado quedan de pie cerca a la ventana, sin poder ocultar su nerviosidad).

Rivas.—¿Creen ustedes que aceptará?

.... **Palacios** (revistiéndose de energía).—Tendrá que aceptar, por las buenas o por las malas. (Con una sonrisa de satisfacción) No creo que prefiera perderlo todo.

Alvarado.—No, eso no. Su dirección es necesaria.

(Entra Avilés por la derecha; se dirige lentamente a su escritorio. Alvarado, Palacios y Rivas han quedado intimidados por su presencia).

Avilés.—Buenos días, señores.

Alvarado (por sus acompañantes).—Buenos días, Avilés.

(Avilés se sienta en su escritorio; abre la correspondencia, sin hacer caso de los visitantes).

Palacios (avanzando unos pasos hacia el escritorio). —Avilés. . . . venimos en plan amistoso. (Sonriendo hipócritamente) No queremos oponernos. . . . No venimos en plan de combate. . . . Pero. . . .

Avilés (brusco). —Acaba de una vez.

Rivas (adelantándose un poco, a su vez). —Se trata de. . . . Es decir. . . . Nosotros olvidamos lo pasado, Avilés. Todos somos camaradas, pero. . . . tú convendrás en que tenemos nuestros derechos sobre todo esto. . . .

Palacios. —Eso es. Se trata de repartirnos en partes iguales tus acciones de la Compañía. Tú seguirás de Gerente, claro.

Avilés (lentamente, mientras mira con fijeza a los tres). —Los espero desde ese día, pero hasta para este paso les ha faltado valor. Sí, suponía que me creerían vencido, después del espectáculo lastimoso que les ofrecí. Pero los esperaba para decirles que están equivocados, que esto lo defiendo con mis uñas. No esperen que yo les reparta nada. Si quieren robar, vengan a robarlo todo. Pero eso sí sabré defenderme.

Rivas (sonriendo desafiante). —Mira, que tratarnos tú de ladrones. . . .

Avilés. —Sí. Yo no les he robado nada. Tomé lo que me correspondía. Lo que el destino me tenía reservado. Ustedes estaban demás aquí. (Acercándose a la ventana y señalando hacia afuera). ¿Habrían hecho ustedes gusanos?

Palacios. —Todos los hombres pueden triunfar cuando tienen su oportunidad.

Avilés. —¿Triunfar ustedes que llevan el fracaso en la sangre? ¿No han tenido sus propias tierras? ¿Y qué han hecho? Abandonarlas apenas se presentó el primer obstáculo, porque encontraron más cómodo venir a ganar un salario. Y ahora quieren repartirse lo que eran incapaces de construir.

Portero (entrando). —Señor, dice el ingeniero que el río ha crecido muchísimo y que los diques están en peligro.

Avilés (mira por la ventana con ceño adusto, y luego se vuelve al portero, reflejando en su rostro la preocupación por la amenaza del río). Está bien, voy después de un momento. (A Palacios, Rivas y Alvarado) Bueno ¿y. . . .?

Rivas.—Tú tienes la palabra. Nosotros reclamamos nuestros derechos.

Avilés.—¡Derechos! Los derechos de la tierra son anteriores a los derechos de los hombres. Esos eran los que yo tenía que hacer respetar. Tenía que limpiar el camino para crear esta riqueza.

Palacios.—¿También limpiaste el camino, matando a Paredes?

Avilés.—Sí. Y no me arrepiento, aunque odio la sangre. . . . (sombrió) porque era necesario. (Recobrándose) Si no lo hubiera matado ¿quién habría creado esto que ahora les despierta la codicia? ¿Ustedes? Ja ja ja ja ja.

Rivas.—Ríete lo que quieras, pero eres un asesino.

Avilés (con un rugido).—No soy un asesino. Maté a Paredes, pero no soy un asesino.

(El rumor del río se ha convertido en un ruido tremendo. Avilés mira inquieto por la ventana).

Palacios.—Bueno, terminemos. O nos das lo que nos corresponde, o te acusaremos de homicidio.

Avilés.—Definitivamente ¡no! Esto lo defiendo contra mí mismo, si hace falta. Es mi obra, mi creación. Un padre puede perderse por salvar a su hijo, porque así se salva a sí mismo.

Capataz (entrando).—Señor. . . . El río viene arrastrando árboles enormes. Hay un dique a punto de ceder.

Avilés (con el rostro y la voz sombrías).—¿Los ingenieros están en sus puestos?

Capataz.—Sí, señor, pero. . . . La gente está muy atemorizada. No quiere obedecer.

Avilés.—Voy enseguida. (Sale el Capataz. Avilés se dispone a seguirlo, pero se vuelve de pronto, transfigurado su rostro con una alegría satánica. ¿Lo oyen, imbéciles? ¡Y ustedes quieren echarme de aquí! Ja ja ja ja ja. Ahora voy a vencer al río. ¿Quieren las acciones de la Compañía? Esas no se las gana con chantage ¿entienden? sino peleando. (Vapuleando a Palacios y a Rivas) Vengan conmigo a luchar contra el río. Al que ocupe mi puesto, le cedo todas mis acciones. ¿Tiemblan, cobardes? Ja ja ja ja ja (Sale).

(Palacios, Rivas y Alvarado quedan silenciosos e inmóviles. Afuera se oyen gritos y voces de mando, mezclados al estruendo del río, cada vez mayor).

Alvarado.—¡Qué hombre!

Palacios.—Es un asesino.

Alvarado (lentamente).—Pero va a salvar el campamento. . . . muchas vidas. . . . ¿No lo perdonará el cielo?

(Salen los tres, en silencio. La escena queda desierta un instante. Entran el capataz y dos obreros).

Capataz.—Espérenme aquí. Voy al dormitorio del Gerente, a traerle unos objetos. El mismo va a ir a dirigir los trabajos del desvío. (Salen por la derecha).

Obrero primero.—¡Qué hombre el Gerente!

Obrero segundo.—Trabaja como si fuera uno de nosotros.

Obrero primero.—Y parece que ya no le importa lo de la mujer.

Obrero segundo (sonriendo).—El Gerente no es de los que se dejan vencer por una hembra.

(Entra el Capataz por la derecha, trayendo una capa y unos zapatones de goma; sale con los obreros. Vuelve a quedar desierta la escena durante unos pocos segundos. Entra Dalia por la derecha; toca el timbre. Entra el portero.)

Portero (sorprendido).—¡La Señora!

Dalia.—Sí, soy yo. ¿Mi marido?

Portero.—En este momento se va a los trabajos del desvío. Usted habrá visto. . . .

Dalia.—Dígale que le espero aquí.

Portero.—Pero, señora. . . .

Dalia.—Haga lo que le ordenan.

Portero.—Está bien, señora.

(Dalia queda en pie, apoyada en el escritorio. Transcurren unos segundos. Entra Avilés; se detiene a pocos pasos de la puerta y clava en Dalia una mirada de hielo.)

Avilés.—¿Y bien?

Dalia (sorprendida del recibimiento, inventando una excusa).—Nada. . . . Quería llevarme algunas cosas.

Avilés.—Para eso no necesitabas llamarme. Tienes las llaves, son cosas tuyas.

Dalia.—Además. . . . quería verte. Yo. . . . Bueno. . . . Me voy del Oriente.

Avilés.—Ya me has visto. Ahora me voy.

(Dalia, humillada, inclina la cabeza. Avilés avanza unos pasos hacia ella, pero se detiene cuando ella lo mira, y la severidad vuelve a su rostro.)

Dalia (serena y digna).—Escucha. Tengo que decírtelo, aunque no lo creas. Por lo mismo que no hemos de volver a vernos. Escucha lo que nunca oíste de mis labios: te quiero. No lo oíste, porque nosotros no éramos un hombre y una mujer: éramos Dios y una niña. Por eso amé a Jorge: Porque tú amas y apretas, pero él canta y sueña; fuí a él porque sentí la necesidad de dar mi ternura, de proteger. (Pausa) Pero iba a dejarlo, para volver a tí. Porque la sangre se desborda como el río, pero a ella no hay cómo desviarla. . . .

(Avilés respira jadeante. Mira apasionado a su mujer, que está como en éxtasis, con la cabeza echada hacia atrás; avanza unos pasos; va a extenderle los brazos, cuando oye la seca voz de Paredes. Dalia, ignorándola, continúa en la misma actitud.)

Voz.—Ja ja ja ja ja. ¡Perdonar! ¡Qué asco! Ja ja ja ja ja Un cornudo es menos que una mujer.

Avilés (con rabia, más que hacia Dalia, hacia esa voz que lo ha escarnecido).—Cuando tu poeta vagabundo te condena al hambre, vienes a hacerme tu escena. Claro, no se puede vivir de sueños.

(Dalia, palidísima, lo mira con espanto. Avilés está aterrorizada de sus propias palabras).

Avilés.—(trémulo y suplicante).—Perdóname, pequeña. No sabía lo que hablaba. Yo. . . . todavía te quiero.

Dalia (lentamente).—Yo ya no puedo quererte.

Capataz (entrando precipitadamente).—Señor, hay un peligro de que el río lo arrase todo. Usted tiene que ir, señor.

Avilés (agrio).—¿Y los ingenieros?

Capataz.—Nadie les hace caso. La gente está huyendo. Tiene que ir Ud., señor.

Avilés.—Ya mismo voy. (Sale el Capataz) (A Dalia) ¿Me esperarás?

Dalia.—No.

(Al estruendo del río, se mezclan ahora gritos de desesperación y muerte. Avilés, indeciso unos segundos, al fin se resuelve a salir, pero se vuelve de la puerta.)

Avilés.—¿Y nuestro amor, Dalia?

Dalia.—¿No ves que acabas de enlodarlo con tu dinero. Me has tratado como a una prostituta, a mí, que amo a los hombres como vienen al mundo. Si no esclavizaran los recuerdos, te habría escupido. Y ahora quieres que te siga como a un señor, que te espere hasta que hayas salvado tus

riquezas, que te espere aquí donde tus malditas palabras siguen golpeándome. Anda a cuidar tu dinero. A mí ya no me encontrarás.

(Avilés, vencido, está cerca de Dalia; se siente culpable y no se atreve a implorarle perdón. Afuera, el griterío de la multitud empavorecida es tan grande como el estruendo del río. Se oyen claramente varias voces.)

Voces.—¡Se están cayendo los diques!

¡Hay que huír!

¡No hay esperanzas!

(Avilés levanta la cabeza, se acerca a la ventana y mira hacia afuera. Como un loco, olvidado de todo, corre hacia la puerta exterior y desaparece. Afuera se oye una aclamación: "¡El Gerente!" Una voz grita enérgicamente: "¡No corran!".)

Avilés (desde afuera).—¡Todo el mundo a sus puestos! ¡Cobardes! ¿Le tienen miedo al río? ¡Vamos a dominarlo!

(Dalia se vuelve y queda frente al público, con la cabeza echada hacia atrás. Luego camina lentamente, tambaleándose, hasta la puerta de la izquierda. Se oye, clara y nítida la voz de Avilés. Dalia se estremece. Se detiene unos segundos en el umbral y se vuelve con la cabeza erguida).

Dalia.—¡Ah Señor! ¿Por qué nos hiciste de carne?

Avilés (desde afuera).—¡Ya es nuestro el río!

¿Quién detiene a los hombres?

¡Adelante, hermanos! ¡Adelante!

Dalia (como soñando).—¡Y ha sabido cantar!

Pedro Jorge VERA.

Guayaquil, setiembre de 1939